



### Compartiendo la Palabra de Dios en el Hogar

Habiendo nacido en México, muchas veces en los últimos treinta años he tenido la oportunidad de regresar allá a visitar a mi familia. Nunca, sin embargo, en la forma en que lo hice hace unos tres años, cuando fui a una reunión familiar, la que comparo con nuestra reunión Eucarística. Al igual que en nuestra reunión Eucarística, en esa reunión familiar compartimos, cantamos, lloramos, nos pedimos perdón, rezamos y recordamos memorias de nuestra historia familiar. El punto cumbre llegó cuando una señora, amiga de la familia, nos mostró un paquete invitándonos a leer lo que adentro contenía. En ese paquete había notas y cartas que mi mamá, fallecida veinte años antes, había escrito a su amiga. Eran escritos del corazón de mi mamá sobre su amor, sus sentimientos y sus preocupaciones por nosotros, sus hijos. Algunas cartas eran de alegría por nuestros éxitos y otras de tristeza por nuestra separación o dolor por nuestros fracasos. Esa noche leí el corazón de mi mamá, me re-encontré con ella, platiqué, conviví, recé y lloré con ella; sentí su alegría, su amor, su dolor.

#### La Palabra de Dios: Un Regalo Divino

Y acaso ¿no son las Sagradas Escrituras lo mismo para ti y para mí? ¿No son acaso las Escrituras una colección de cartas, poemas, historias y enseñanzas sobre el amor de Dios para nosotros? Más que una colección de libros, ¿no son las Escrituras la Palabra de Dios y su lectura un encuentro con Dios mismo, quien nos creó, quien desde su eternidad nos ama y quien a través de los eventos de la historia se nos ha revelado de generación en

generación hasta llegar a nosotros? Y ya sea que esa revelación llegue a nosotros a través de las Escrituras o a través de la Tradición viva de la Iglesia, es un regalo de Dios.

#### La Palabra de Dios: Un Regalo que Recibimos

La mejor forma de corresponder al ofrecimiento de un regalo es aceptándolo y, cuando el regalo representa a una persona, aceptar el regalo es aceptar a la persona misma. Aceptar la Palabra de Dios es para nosotros aceptar a Dios, quien después de habernos hablado de muchas formas a través de los profetas, nos habló a través de su Hijo (véase Hb 1:1-2), la Palabra eterna, encarnada, que ilumina a todos los hombres (véase Jn 1:1-18). De la misma manera en que al leer las cartas de mi mamá yo me encontré con ella en sagrada intimidad, a través de su Palabra nosotros encontramos con Dios en la intimidad de la oración. La primera y más prístina forma, pues, en que recibimos el don de la Palabra de Dios es en la oración. “A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza” (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], 2ª ed. [Washington, DC: Librería Editrice Vaticana–Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB, por sus siglas en inglés), n. 2567]). El *Catecismo de la Iglesia Católica* dedica varios párrafos ilustrándonos la forma en que los patriarcas, líderes, reyes, profetas y el mismo Jesús mantenían su constante comunicación con Dios, pues para ellos Dios estaba siempre presente en los eventos de su vida

diaria. Así como para los israelitas hablar de la Palabra de Dios era hablar de la presencia de Dios entre ellos, la Palabra de Dios es para nosotros entrar en la presencia de Dios. Al igual que ellos, en ese “cara a cara” con Dios, nosotros también encontraremos la luz y la fuerza para nuestra misión (CIC, n. 2584). Y ese Dios, siempre presente también en nuestra cultura hispana a través de nuestros “Buenos días le dé Dios”, “Si Dios quiere”, “Gracias a Dios”, “Sea por Dios”, continuará comunicándose con nosotros y actuando en los eventos de nuestra vida cotidiana. A través de nuestra lectura y estudio personal en oración, la misma Palabra que estaba presente en la creación del mundo, en las palabras de los profetas y en el ministerio de Jesús, estará ahora presente y activa en nuestras vidas. Dedicar un tiempo especial a leer y a meditar la Palabra de Dios en nuestros hogares será una forma de mantener nuestra comunicación personal con Dios y de alimentar nuestras almas con su Palabra.

Pero el *Catecismo de la Iglesia Católica* demanda aun más cuando nos dice que oramos para creer y creemos para orar. Cuando el Dios de amor nos invita a su compañía y nos revela su Palabra, la respuesta adecuada a esa invitación es la fe. La Palabra de Dios, fuente de nuestra oración, es también la luz de nuestra fe. Así como al leer las cartas de mi mamá volví a recordar y a creer en sus enseñanzas, a través de la Palabra de Dios nosotros profundizamos nuestra relación personal con Dios en una amorosa comunión, pero esta comunión debe manifestarnos la verdad de sus enseñanzas, para creer lo que nos dice, y para vivirlo en nuestras vidas. “*Por la fe*, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela” (CIC, n. 143). A través de la lectura y discusión de la Palabra de Dios en familia, Dios mismo continuará encarnándose en nuestras familias dando inspiración y fundamento a los profundos valores de nuestra cultura hispana, como son nuestra religiosidad popular, hospitalidad, altruismo y generosidad; la unidad y extensión de la familia; nuestro respeto por los mayores, y nuestro sentido de fiesta. De

esta manera, nuestra fe no será sólo una tradición cultural, sino la participación de las familias en la fe universal de la Iglesia. La lectura de la Palabra de Dios nos conecta en fe con todos aquellos que han creído antes de nosotros, con todos aquellos que creen en todas partes del mundo y con todos aquellos que en el futuro creerán en la misma Palabra de Dios. Nuestra respuesta personal se convierte en la fe, la celebración y la vida de la Iglesia.

## La Palabra de Dios: Un Regalo Que Vivimos

La Palabra de Dios escuchada en oración y recibida en fe, nos invita al siguiente paso: a vivirla. Un dicho en español dice: “Obras son amores y no buenas razones”. Muéstrame con acciones cuánto me quieres, es lo que decimos, y no sólo me lo digas con palabras. La Escritura enfatiza la importancia de la fe en nuestra relación con Dios, pero también enfatiza que una fe sin acciones es una fe muerta. Así como las cartas de mi mamá aquella noche me hicieron re-examinar mi conducta personal y familiar, mi comportamiento en mi trabajo y hasta en mi ministerio, así la Palabra de Dios es eficaz cuando es nada menos que Dios quien nos comunica su amor y su verdad con el fin de que nuestras vidas se conviertan. “Esto exige el compromiso personal de pensar como Cristo, de juzgar como Él, y de vivir como Él lo hizo” (*Directorio General para la Catequesis* [Washington, DC: USCCB, 1997], n. 53). La Palabra de Dios, leída, meditada y estudiada en familia, además de ser la inspiración de nuestra oración y la luz de nuestra fe, es también el impulso de nuestra vida, la norma de nuestra conducta, el sabor de nuestra fiesta, la fuente de nuestro consuelo y de nuestra esperanza. Inspiradas en la Palabra de Dios, nuestra oración y nuestra fe se traducen en la forma en que vivimos nuestro matrimonio en el hogar; en cómo educamos a nuestros hijos, festejamos los eventos de la vida, tanto los buenos como los malos; en la manera en que nos preparamos, celebramos y vivimos los sacramentos y otros eventos

de la vida, inclusive los tristes y desagradables. Leyendo, meditando y estudiando la Palabra de Dios en nuestro hogar, como esposos y con nuestros hijos, es donde como seglares estamos llamados a vivir y practicar lo que la Palabra de Dios es para nosotros. Nuestra conducta moral no es una serie de reglas, sino el resultado de nuestra relación con Dios.

## La Palabra de Dios: Un Regalo que Compartimos

Quien escucha la Palabra de Dios y la vive, se dará cuenta que no le cabe dentro y que es como un caudal que exige derramarse. Habiendo recibido el regalo de la Palabra de Dios en oración, profesándola en nuestra fe y viviéndola en nuestra vida —llamados al mismo tiempo a ser testigos de esa Palabra— nuestro siguiente reto es el de compartirla. Para la mayoría de nosotros los hispanos, quienes recibimos la fe católica como una herencia de nuestros padres, nos corresponde hacer lo mismo y transmitirla a nuestros hijos. Así como en el hogar nos damos la vida física y emocional, también estamos llamados a darnos la vida espiritual. Es en el hogar donde recibimos las primeras experiencias de Dios, de amor, de perdón, y es en el hogar donde ante todo estamos llamados a transmitirlas. Siendo el hogar y la familia el núcleo de la sociedad, será de la transformación de nuestras familias por la Palabra que vendrá la transformación de nuestra sociedad y de nuestro mundo. Tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI han sido muy generosos en alabar nuestra religiosidad popular; de igual manera han sido fuertes en criticar nuestra dicotomía al no llevar a la acción y a la vida pública lo que decimos que profesamos privadamente. La Palabra de Dios vivida en el hogar exige ser vivida en nuestras vidas públicas convirtiéndonos en testigos de su Palabra, llevadores de su Buena Nueva, modelos de su transformación. “En concreto, la comunidad viene a ser lugar visible del testimonio de la fe” (*Directorio General para la Catequesis*, n. 158). La Palabra de Dios es una lámpara que exige resplandecer en todos los aspectos de nues-

tra vida pública, no sólo privada. El profeta Isaías nos dice que la palabra que sale de su boca no regresará hasta que lleve a cabo su encargo (véase Is 55:10-11). Su encargo es el de traer la salvación al mundo entero.

## Conclusión

La Biblia no habla de paradigmas, sino de un “kairos”, de “una plenitud de los tiempos”, de un ahora o nunca. Jesucristo sigue sembrando la Palabra del Padre invitando a hombres y mujeres a la conversión en la fe. Dios sigue amando a nuestras familias, a pesar de tantas heridas y divisiones, y estas siguen siendo, “con la parroquia, el primer lugar para la iniciación cristiana de los niños” (*Documento Conclusivo del V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, Brasil*, n. 302, [www.usccb.org/latinamerica/english/Documento\\_Conclusivo\\_Aparecida.pdf](http://www.usccb.org/latinamerica/english/Documento_Conclusivo_Aparecida.pdf)). Nuestra cultura clama ser transformada a la luz de su Palabra. Nuestro mundo gime por su salvación y nuestro Dios continúa hablándonos y llamando obreros a su mies. Tú y yo somos invitados a recibir su Palabra, a vivirla y a compartirla. Este es el momento, la plenitud de los tiempos. Para ti y para mí es ahora o nunca. Confiando en nuestro Dios, quien nos ama por siempre, y bajo el estandarte de nuestra devoción a Nuestra Madre de Guadalupe, continuaremos recibiendo su Palabra, viviéndola y compartiéndola. La Palabra de Dios no sólo transformará nuestras cruces, sino que las convertirá en semillas de esperanza y de resurrección.

Este artículo fue escrito por el diácono Juan Barajas originalmente para el Domingo Catequético 2009. Copyright © 2009, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Se reservan todos los derechos.

Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.